

HOJA del LUNES MALAGA 9-2-79

En el cincuentenario de la muerte de Chacón

**INAUGURO EL PERIODO «TEATRAL»,
POR LO QUE HA SIDO LLAMADO «FUENTE
GENIAL DEL FLAMENCO MALO»**

Enrique el Mellizo le profetizó, cuando comenzaba a cantar: «A ti te diran un día papa del cante»

**FUE EL PRIMER CANTAOR QUE COBRO
VEINTE PESETAS DE SUELDO EN SEVILLA**

«Pero al llegar Chacón —escriben Molina y Mairena—, el más perfecto y virtuosista de los grandes maestros, tocamos otra etapa, que él inauguró: el periodo «teatral»; por lo que el ilustre flamencólogo francés Georges Hilairre le ha llamado «fuente genial del flamenco malo».

En efecto, Antonio Chacón, don Antonio Chacón, nos puede servir como nexo de unión entre dos épocas bien definidas del arte flamenco: la clásica, la Edad de Oro, y la teatral, en que el cante avanzó un paso más hacia la conquista de públicos mayores. Esta fue la tarea de Chacón, de cuya muerte se cumplió medio siglo el pasado mes de enero. Antes, Silverio Franconetti había sacado el cante de la taberna para llevarlo al café cantante; después, Pepe Marchena cerraría el ciclo llevando al flamenco a una total vulgarización con el operismo. Tres payos protagonizaron estas tres operaciones decisivas en la evolución del flamenco: ¿casualidad?, ¿coincidencia en una forma de ver el arte, quizás en una mayor visión de futuro...?

Nada menos que Enrique el Mellizo dio el espaldarazo decisivo a Chacón en su carrera. Ello ocurrió, según algunos autores, el día de Santiago, 25 de julio de 1879, cuando Antonio contaría solamente catorce años, pero esto no concuerda con otros datos bastante fidedignos que vamos a considerar en seguida. El matador Hermosilla celebraba en la tienda de bebidas de la plaza del Progreso el triunfo en la corrida que había toreado aquella tarde en Jerez. El colmado pertenecía a Juan Junquera, también famoso cantaor de la época. Según Manfredi, Junquera había mandado recado a Chacón para que acudiera, porque

había mucha gente que ríe, pero en cambio el guitarrista Javier Molina, que vivió muy de cerca la adolescencia y los primeros años en el arte del cantaor, parece indicarnos lo contrario cuando dice, refiriéndose quizás a un año o dos más tarde de dicha fecha: «Entonces hablamos a Junquera de Antonio Chacón para que lo contratara también. Pero Junquera no lo quería, porque Chacón valía muy poco en aquel tiempo, y todos los cantaores que ma un farol encendido al brocal».

—Hijo... A ti te dirán un día papa del cante... Te lo digo yo, Enrique el Mellizo, que sé lo mío de estas cosas...

Al día siguiente el propio Mellizo convenció al teniente valían más que él. Hasta que a fuerza de ruegos y recomendaciones, lo contrató por muy pocos días y tuvo que despedirlo porque no gustaba, a pesar de ser de Jerez».

De cualquier forma, esa reunión en el local de Junquera debió celebrarse,



En la foto de la izquierda, Antonio Chacón, el «divo» del cante flamenco de cuya muerte se ha cumplido ahora medio siglo. En la derecha la de Francisco Lema «Fosforito», el gran rival de Chacón al principio de la carrera de este

pero yo creo que algunos años más tarde, por las razones que luego veremos. Junto a Hermosilla

estaban nada menos que los cantaores Enrique el Mellizo —a quien le unía una amistad íntima con el torero— y Joaquín Laserna, también llamado Lacherna, un gitano de Jerez tío de Manuel Torre. El cante del muchacho maravilló a todos los presentes y en especial a Enrique el Mellizo, quien —según la versión quizás un tanto imaginativa de Manfredi— «se levanta con la majestad de un rey. Le pone la mano en el hombro, le mira cara a cara. Antonio Chacón resiste la mirada. Hay en sus ojos un brillo y un temblor como las chispas que tiemblan en el fondo de un pozo cuando alguien le asopadre de Chacón para llevarse a Cádiz, a cantar en el café donde él actuaba. Ocurría esto en 1885, según señala Quiñones, tomando quizás el dato de Javier Molina. Andaba, pues, Chacón al filo de los veinte años, y no por los catorce que tendría caso de haber sido su encuentro con el Mellizo en 1879. Están perfectamente historiadas, por lo demás, las andanzas profesionales del cantaor a partir de aquella fecha por los cafés de cantes andaluces y después en Madrid.

Ganaba Enrique el Mellizo una onza cada noche y Chacón siete pesetas. Fue allí donde el joven aprendió del viejo el can-

te por malagueñas, en el que tanto brillaría.

Años después, un aficionado de casta a lo jondo, don Juan Antonio Gómez y Arámburu, más conocido por Juanelo Gómez, enfrentó en un torneo de cante al Mellizo y a Chacón. La competencia tuvo lugar en El Siglo y fue memorable, pues duró dos días y prácticamente toda la afición gaditana acudió en masa a oírles. «Los apasionados oyentes llegaron a acumularse del tal modo que invadían la calle de Cervantes, donde existió aquel colmado, y se produjeron, por un centímetro más de proximidad a los artistas, desavenencias, riñas y algún que otro golpe».

**SILVERIO Y CHACÓN:
ADMIRACION RECIPROCA**

Desde Cádiz la fama del muchacho comenzó a extenderse rápidamente por toda Andalucía, y los aficionados hablaban de su arte y no paraban. Silverio Franconetti, que entonces regentaba su café cantante en Sevilla, no podía mostrarse insensible al nuevo valor de quien todos se hacían lenguas y envió a un hombre de su confianza para contratarlo.

En Sevilla Chacón armó el taco. Primer cantaor que allí cobró veinte pesetas de sueldo, según testimonia Fernando de Triana, quien comenta: «¡Hay que ver! Los cantaores más notables que hasta entonces se habían conocido nunca cobraron más de diez pesetas de jornal...». Y

añade refiriéndose al éxito del joven cantaor: «Todos los notabilísimos artistas de la época de Chacón prescindieron de sus derechos de antigüedad y acordaron cantar por delante del fenómeno; así serían escuchados e indiscutiblemente aplaudidos, pues al terminar Chacón la primera sesión quedaba el salón completamente desalquilado de personal hasta que de nuevo comenzaba el público a concurrir para la sesión de madrugada; esta terminaba a las cuatro de la mañana, que allí parecían las diez de la noche, y nadie se movía de su asiento hasta que Chacón terminaba, o mejor dicho, cerraba el espectáculo».

«Mientras esto ocurría, el salón convertíase en nave de iglesia; con un silencio sepulcral, solo interrumpido en algún tercio de cante, por la voz baja, murmurar a la vez que lloraba emocionado: ¡Qué bárbaro! ¡Qué bárbaro!».

Conoció, en el año 86, que mientras Chacón cantaba en el Café del Silverio, en el del Burrero lo hacía Fosforito, «y a ruegos de la afición —seguimos leyendo al de Triana—, tuvieron que entenderse las dos empresas y arreglar los turnos de los dos cantaores, de forma que pudiera el público salir de escuchar a uno y llegar a tiempo de escuchar al otro. ¡Cómo se ponía el trayecto comprendido entre la calle Rosario y la calle Tarifa! Verdaderas bandadas de aficionados de todas las clases sociales comentaban lo que acababan de oír, deseando que llegara el momento de escuchar al otro ídolo para después enjuiciar con verdadero conocimiento crítico la labor realizada por los dos competidores amistosos».

Si Silverio lloraba oyendo a Chacón, hay que decir que este guardó toda la vida hacia el maestro una profunda veneración. Si alguien pretendía ensalzarle a él a costa del otro, el jerezano le paraba inmediatamente los pies, replicando:

—Para hablar de ese señor hay que descubrirse. ¡Es muchísimo mejor que yo!

Y cuando al terminar un cante en una juerga cierto marqués le abrazó emocionado, gritándole que él era mejor que Franconetti, Chacón le cortó en seco:

—¿Pero qué está usted diciendo, señor marqués? ¡Si yo soy una zapatilla al lado de ese monstruo!

Angel ALVAREZ
CABALLERO